

ama, y á
ado los se-
de la me-
crob.

195.

a hacer es-
utilizarse
nos distin-
delo es de
ados de la
llados, los
. Sombre-
pa en un
desciende

asa. — Es
taño claro.
idos en la
mipure ne-

se el
ion:

huecos sa-
as de cinta
n marron,
ntro de de-
a su longi-
la costura
manga, y
e los paños
nasta la al-
unto cesan
se pega una
a sobre los
plegados á
mangas de
en el cuello.
io para esa
ar blusitas
es de paño
más oscuro

(40).

ario.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 46. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Diciembre 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXV.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Chaquetas de invierno para niña. — Paletot para niña. — Waterproof para niña de 10 años. — Vestido con rizados para niña. — Vestido blusa para niña. — Traje de señora para visitas. — Faldas de moda. — Túnica de moda. — Zapatillas con tacón y sin tacón, adornadas de piel. — Botina con elástico. — Botina cerrada con botones. — Antepecho bordado para ventana. — Cenefa para almohadones. — Puntilla de crochet. — Lambrequin bordado. — Foul adornado de aplicaciones. — Mari-rosa de encaje para lazos. — Acerico elegante. — Neceser de tocador. — Pantalla de chimenea. — Adornos y flecos para adornar vestidos. — LITERATURA: La vanidad, por Natividad de Rojas. — Amor filial, poesía, por el niño Carlos Planell. — A la adorada memoria de mi hijo Angel, por Aurora Lista de Millart. — Astro- nomía, por Francisco Guerrero y García. — De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Pérez. — Espigas y ama- polas, por Angela Grassi. — Ecos del mundo, por la Condesa de alfores. — Apuntes bibliográficos: Antonia García, por Manuel Calvo. — Esmeralda Cervantes. — El Abejaruco, por Ramon de Sola y de Rius. — Expi- cacion del figurín.

Seos para adornar vestidos. — LITERATURA: La vanidad, por Natividad de Rojas. — Amor filial, poesía, por el niño Carlos Planell. — A la adorada memoria de mi hijo Angel, por Aurora Lista de Millart. — Astro- nomía, por Francisco Guerrero y García. — De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Pérez. — Espigas y ama- polas, por Angela Grassi. — Ecos del mundo, por la Condesa de alfores. — Apuntes bibliográficos: Antonia García, por Manuel Calvo. — Esmeralda Cervantes. — El Abejaruco, por Ramon de Sola y de Rius. — Expi- cacion del figurín.

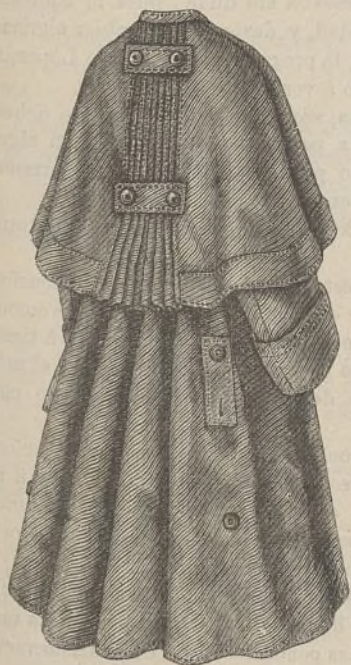
EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. CHAQUETA PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego del 2 por el derecho, núm. V, figs. 18 á 24).
Está hecho en paño gris, recta por delante y marcando el talle por detras, guarnecida de piel gris ó parda, segun sea el paño: la chaqueta cierra por debajo de la piel con una tira postiza para los botones. Las letras muestran la union de los patrones, y ellos ofrecen un pequeño cuello por si no se quiere adornar de piel, y sí de galones ó trencillas.

3. WATERPROOF PARA NIÑA.

Puede hacerse esta misma forma en tela impermeable ó en paño terciopelo gris: los pliegues de la esclavina se preparan antes de cortarla, ó se corta dándole más vuelo del necesario, debiéndose hilvanar y planchar antes de fijar sobre ellos las presillas sujetas con botones. Un biés de la misma tela pegado á la máquina adorna el abrigo.

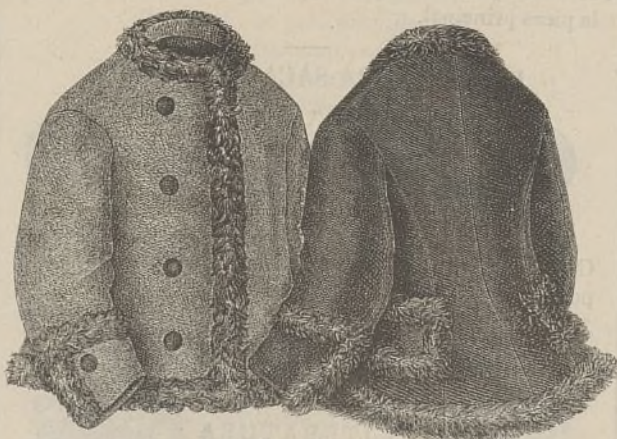


3. Waterproof para niña de 10 años.

4. PALETOT PARA NIÑO.

(Patron: en el pliego del 2 por el derecho, núm. IV, figs. 13 á 17).

Tiene enteramente la forma que el de un caballero, cruzando sobre el pecho, donde cierra con dos car- reras de botones: es



4 y 2. Chaqueta para niña.

7. CENEFÁ BORDADA PARA ALMOHADONES.

Se borda en una tira de paño picada á los bordes con sedas y lanas de colores segun convengan al del fondo: los tallos y pámpanos deben ser verdes, los miosotis azules, y las demás flores rosa con las hojas verdes: sobre negro, blanco ó gris es de muy buen efecto.

8. PUNTILLA DE CROCHET.

Comiézase esta puntilla por la vuelta del centro, ó sea por las presillas desiguales, poniéndoles despues á un lado una vuelta de barras y al otro una de festones: *se em- pieza por 5 pto. en el aire, ó sean de cadeneta, y uno doble en el primero; un punto de cadeneta, y siguen las demás presillas cerradas como la primera y todas separadas entre sí por un punto de ca- deneta, contando por orden estos puntos cada una: 5, 7, 9, 11, 9, 7 y 5, haciendo ahora 2 pto. de cadeneta para repetir lo mismo. * Cuando se tiene la extension de presi- llas necesarias, se ponen en orden y se hace por el pié una hilera de barras separadas por un punto liso. Por el otro lado se tienen las presillas y sobre ella una línea de festo- nes así combinados: *un punto de cadeneta entre las dos pequeñas presi- llas que terminan la onda, uno do- ble en la presilla primera, 3 de ca- deneta, una on- da sobre cada una de las pre- sillas que siguen, la cual muestra á medio hacer el dibujo, ejecután-

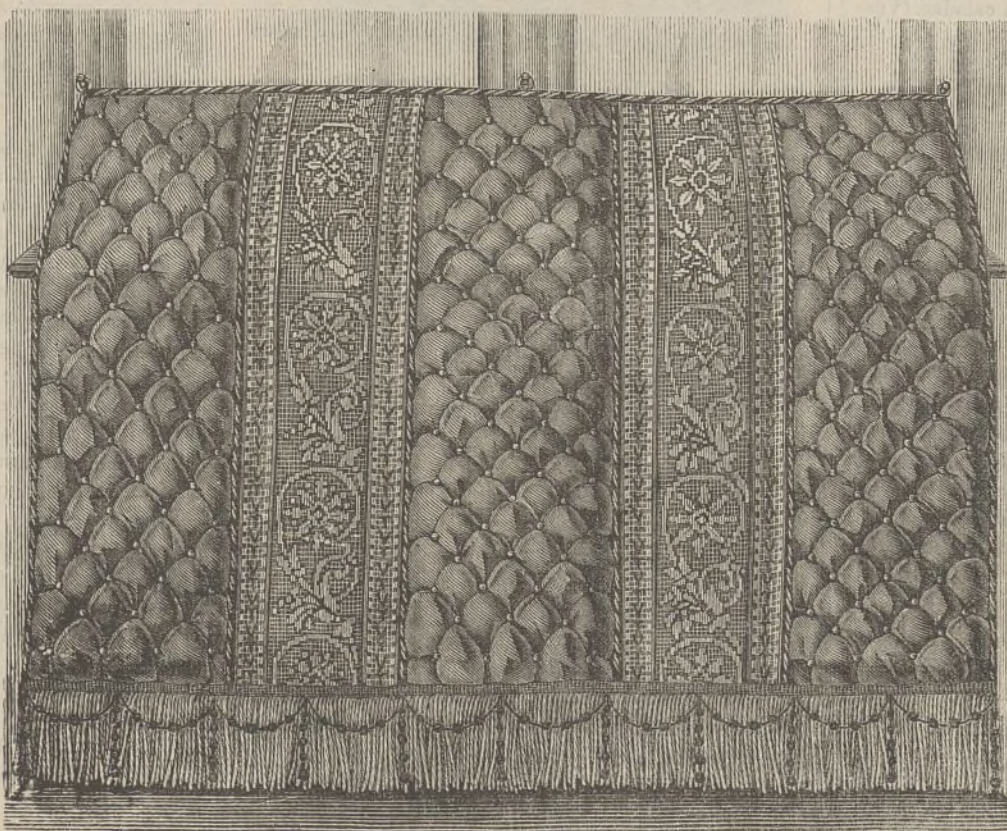


4. Paletot para niño de 14 años.

de ratina azul con ribete de galon y cuello de terciopelo.

5 Y 6. ANTEPECHO PARA VENTANA.

Este elegante modelo se compone de tiras bullonadas con botones y tiras bordadas colocadas sobre onaté para que resulten todas á la misma altura. El núm. 6 muestra el dibujo de las tiras bordadas de tapicería, que lleva la nota de los colores al pié: las tiras de bullones pueden ser de cachemir ó de seda, segun el mueblaje de la pie- za. El forro excede lo suficiente para fijar á él el fleco, y anillas de metal fijan esta labor á la ventana.



5. Antepecho para ventana. (Véase el núm. 6).

dose con 6 pto. de cadeneta cubiertos de tunecino y reunidos en un punto so- bre la presilla; un punto doble en la misma para sujetar el feston, y siguen al último 3 pto. de cadeneta, uno doble en la presilla pequeña, otro doble entre las dos, y se vuelve á la señal. *

9 Y 10. VESTIDO-BLUSA PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego del 2 por el de- recho, número VII, figuras 30 á 33).

El modelo núm. 9 es de lana diagonal azul marino con volantes plegados, bie- ses y botones de lana azul más claro: cada uno de los volantes tiene 5 cents., y los plegados de la manga, unidos por un biés del pié, tienen solo 3. El cintu- ron que se anuda por detras lleva un so- lo biés de lo mismo y anuda con un

nudo corredizo: el número 10 presenta la misma hechura en un vestido de cuados, con bieses á ondros y trencillas. La blusa cierra por delante con botones de pasamanería.

11 Y 12. PLEGADOS PARA VESTIDO.

El primero es de pliegues muy menudos y sujeto con dos espuntes á la máquina antes de quitarle el hilvan. El segundo va forrado de otra tela que vuelve en biés por abajo y se ve en las cabezas caídas por medio de una puntada.

13 Y 14. LAMBREQUINES.

El primero corresponde al neceser núm. 28, aunque pueda servir para otros objetos: está bordado sobre cachemir y con encaje inglés al borde.

El segundo está bordado en paño picado y bordado con torzal de colores y trencilla de oro sujeta por puntos negros. Puede servir para adornar canastillas, frentes de chimenea, etc.

15. VESTIDO PARA VISITAS.

Es de vigoña, de doble falda, adornada de galones la superior como la chaqueta que cierra torcida. El cuello, de faya, corresponde á los lazos que cierran la chaqueta, y botones de pasamanería adornan la manga. Sombrero de castor gris adornado de terciopelo negro.

16 Á 19. CALZADO.

Los núms. 16 y 17 presentan zapatillas con tacón y sin él, de terciopelo ámbas, y guarnecidas de piel: la una va forrada de bayeta y la otra piel también.

Los núms. 18 y 19 muestran botinas para señora, la primera con elásticos y la segunda con cartera, y hechas una en piel de foca y otra de cabritilla, y ámbas espunteadas de blanco.

20. POUF BORDADO DE APLICACIONES.

El dibujo y explicación de esta labor se encuentran en el pliego de patrones del día 2, pudiéndose bordar las tiras en cachemir, reps ó paño rizado, y bullonándole con cachemir de otro color correspondiente á la sillería. La tapa va bullonada con botones.

21 Á 23. FALDAS DE NOVEDAD.

Estas faldas pertenecen á vestidos ofrecidos en el número anterior, y tienen por objeto presentar el modo de armarlas. Los núms. 21 y 22 pertenecen al vestido adornado con trenzados y va fruncida por detras, ó con tabla y fruncida la parte inferior: la núm. 23 pertenece al vestido adornado de galones que llevaba aparte la chaqueta y manga para mejor comprensión.

24. MARIPOSA DE ENCAJE PARA LAZOS.

Sirve para adornar lazos de corbata y para el peinado, pudiéndose hacer en blanco y en negro. Para dar consistencia á las alas se las rodea con trencilla guipure fuerte, la cual forma asimismo la cabeza, el cuerpo y las antenas. Las partes superiores de las alas son caladas. (Véase el grabado).

25 Á 27. ACERICO ELEGANTE.

Es de raso azul adornado con ramitos de flores de encaje. Un cordón grueso azul oculta las costuras todo alrededor y forma presillas en los ángulos. Los grabados 26 y 27 representan florecitas bordadas en seda de color que pueden servir para el mismo objeto.

28. NECESER DE TOCADOR.

Una caja de cartón cuadrada, de 20 cents. de largo de costado y 4 á 6 de altura, constituye este lindo neceser, forrado interiormente de seda ouatada y perfumada.

El adorno exterior consiste en un rizado de raso ó tafetan puesto alrededor de la tapa, que lleva en el centro un bordado, uno de cuyos ángulos representa el grabado 13. En el centro se coloca un ramillete de flores recortado en cretona, que puede reemplazarse con una cifra bordada.

29. PANTALLA DE CHIMENEA.

Bordado al pasado con aplicaciones de paño.

(Dibujo del centro: pliego del día 2, fig. 76 por el revés).

La montura es de madera esculpida, la pantalla tiene el fondo de raso bordado con aplicaciones de paño de dos tonos, sujetos con sedas correspondientes. El número 30 da un ángulo de este bordado en tamaño natural é indica los diferentes puntos que le componen, pu-

diendo servir igualmente para adornar muebles. Las aplicaciones oscuras van rodeadas de una soutache de oro estrecha cosida con seda negra; el ramo del centro, cuyo dibujo da la fig. 76 del pliego del día 2 por el revés, compuesto de ramitos de fuchsia bordada al pasado, puede reemplazarse con un ramo recortado en cretona.

31 Y 32. FLECOS PARA GUARNECER TRAJES.

Nada tenemos que decir de su ejecución, pues está claramente indicada en el grabado.

JOAQUINA BALMASEDA.

MODO DE SACAR CON FACILIDAD

LOS PATRONES.

Se colocará sobre una mesa el patrón ó modelo que se desea cortar, y debajo de este un papel blanco ó de periódicos. Hecho esto, se pasa por encima de los signos ó rayas la ruedecita de una rodaja, la cual al pasar va dejando marcada la figura por medio de puntos. Cortado que sea, se colocará sobre el modelo para ver si está conforme con el original, y si así fuese, se le pondrán las letras, puntos ó estrellas que tenga la figura.

Después de cortadas todas las piezas correspondientes á la prenda que desean, es mejor armarla con el mismo papel para ver si gusta y está bien antes de echar á perder la tela.

Para armar las piezas, se van uniendo por medio de las letras que sean iguales; supongamos: si hay dos AA se juntan unas con otras, lo mismo que si hay otras iguales se empalmarán B con B, C con C, etc.

Recomendamos también que antes de cortar los modelos ó patrones se enteren bien de las explicaciones detalladas que se dan en el periódico, porque de este modo les será más fácil y los cortarán con mayor perfección.

Debemos además advertirlas que siempre deben dejar tela de más para las costuras, y que jamás se debe cortar por las rayitas (-----) pues estas indican que el patrón está doblado, y por lo tanto se coloca sobre ella la tela doblada y al hilo. Las mismas rayitas (-----) indican cuando el patrón está en dos ó tres dobleces. Lo más seguro es cortar primero las partes dobladas y añadirlas luego á la pieza principal.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administración, para recibirla franca de porte.



JUICIOS CRITICOS MORALES

DEDICADOS Á MI QUERIDA AMIGA LA ILUSTRADA ESCRITORA
SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA VANIDAD.

(Conclusion).

—Amigo, le preguntó el personaje, ¿cómo le trataron á V. en el círculo?

—¡Mal, muy mal! contestó; llevo una temporada en que pierdo cuanto juego.

—Lo mismo me sucede, replicó el personaje; también estoy en desgracia; como siga así, voy á tener que recurrir á los amigos.

—Pues yo, dijo el barón, tengo el gusto de que nadie disfrute ni adquiera posición con mi dinero. En vez de dejarlo sobre el tapete verde, sobre ese *cáncer* de la viciosa humanidad, me lo gasto en viajes, como veis; y cuando estoy en Madrid, lo distribuyo en aprender á hablar en *caló*, y en oír cantar *flamenco*, y en buenas comidas en Fornos, en los teatros, en...

—Yo también lo gasto en eso, le interrumpió Lopez, que no quería aparecer contrario á semejantes placeres; pero el que me sobra, lo deposito en el *tapete*...

—Pues señor, pensó Manrique que los escuchaba á cierta distancia; el mozo es á pedir de boca; no en valde es *vanidoso*: esos hombres tan despreciables, necesitan de la atmósfera de cualquiera para creerse águila.

Al separarse de aquellas gentes, dijo Lopez á Manrique:

—¿Ve V. lo que yo decía? ¡Qué ilusión, qué encantos puede tener para mí el amor de una mujer, que no es conocida en la sociedad que yo frecuento? No se puede usted figurar lo que ha padecido mi espíritu al oír las burlas de esas damas; y lo peor es que tienen razón, no es de las jóvenes conocidas.

Entonces le refirió su entrevista con Rosa, y el propósito que había formado de alejarse de ella. También discurre Manrique el modo de librarse de aquel necio. A la mañana siguiente concurrió al círculo como de costumbre, y como de costumbre encontró á Lopez mendigando la amistad de los poderosos, y desdeñando á los que no lo eran; ¡pobre hombre!

Manrique le saludó contristado, y Lopez le preguntó la causa de su disgusto.

—¡Ay, muy poderosa! le contestó Manrique; me obligó la gratitud á salir fiador con todos mis bienes, para salvar el honor de un amigo; y no pudiendo él cumplir sus compromisos, se han apoderado de la fianza, y me advierten que me quedo arruinado. No tengo más esperanza que la de obtener cualquier colocación, y para esto cuento con la protección de V., supuesto que está relacionado con los ministros, con los banqueros y con multitud de títulos; confío en que conseguirá V. algo para mí.

A medida que hablaba Manrique, se contraía el semblante de Lopez: la seriedad se convirtió en disgusto, y este en desden.

—Veremos, respondió; veremos; no sé si me atreveré á molestar á esos señores; sentiría que creyesen que tengo trato con personas necesitadas... ya ve V., V. fué testigo de las burlas de ayer...

Diciendo esto, se alejó de Manrique, dirigiéndose á estrechar la mano de un personaje que venía *bufando*, porque le habían *pelado* (1). Sin embargo, el tal sugeto se consolaba con la esperanza de que algún *primo* le prestase lo necesario para desquitarse: si la suerte le abandonaba, con no pagar, era asunto concluido. ¡Y á este hombre le adulaba Lopez, y se hinchaba de vanidad con su trato! Desde aquel día no se acercó más á Manrique. Este seguía frecuentando aquellos deliciosos sitios, tan gratos á sus miradas como á su corazón. Una tarde encontró á Rosa que volvía de la ciudad después de haber comprado algunas frioleras; se saludaron, y Manrique notó que Rosita acertaba el paso, y que su lindo semblante se había agitado. Creyó adivinar la causa, y acercándose á la hermosa niña, le preguntó por la salud de su buena madre... por... cualquier cosa; el objeto era hablarla; Rosita lo deseaba sin duda, pues le contestó con la mayor amabilidad, y después de cambiar algunas palabras indiferentes, le preguntó por su amigo Lopez, á quien no había vuelto á ver.

—Amigo, no, Rosita; esos hombres no son, no deben ser amigos de ninguna persona que se estime en algo; plantas exóticas, solo pueden aclimatarse en terrenos despreciables. Lopez era un conocido, y nada más.

Rosita lo escuchó conmovida; después con acento tranquilo, añadió:

—Tiene V. razón; estoy arrepentida de haber escuchado las frases de amor que me dirigía ese *ente*, y avergonzada de habérselas devuelto; pero lo he conocido á tiempo, y mi dignidad me prohíbe concederle ni aun el más mínimo sentimiento de indignación. Harto hago con despreciarlo.

Tres meses pasaron después de esta conversación, cuando Rosita apareció en el gran mundo (según se dice), deslumbrando con su hermosura y sus riquezas: sus carruajes eran los mejores; sus brillantes los de más valor; la casa que apareció comprada por ella, y en la cual vivía, era suntuosa. Concurría á los paseos y tenía palco en los teatros; había sido invitada á todas las reuniones de las personas conocidas; á las de la aristocracia. Los hombres de gran posición se juzgaban dichosos al obtener, no ya sus miradas de predilección, sino el más insignificante saludo; ¡era natural! Rosa aparecía flotando, no como una ligera barquilla, sino como un magnífico navío, y poco importaba á aquellas gentes que fuera un buque de la marina real ó un barco *pirata*. Lopez se creyó el hombre más feliz de la tierra, porque entonces refería á todos que aquella mujer *notable* era su amada, su antigua amada. La duquesa del Añil y la marquesa del Azofaifo, le aseguraron que la *hallaban encantadora*; ¡Pobres gentes! ¡pobre Lopez! ¡Cuánta pequeñez! ¡Cuánta miseria!

Una mañana se acercó Manrique á Lopez, el cual, lle-

(1) Es preciso consignar estos términos, para conocer el verdadero mérito y valor de estas personas.

antiguo amigo; pero al fin se dignó decirle que Rosa estaba siendo la admiración de la alta sociedad, le refirió los triunfos que alcanzaba...

—¿Y se sabe, le preguntó Manrique, cuál es el origen de tanta opulencia?

—¡Eh! que le importa eso á nadie, exclamó Lopez; es el caso que ostenta una posición envidiable, ¡qué más quieren ciertas personas para tratarla, ni los hombres para solicitar su predilección. A los que piensan como nosotros, nos basta que las personas figuren, sin que nos importe el *porqué* ni el *cómo*?

Manrique se alejó de aquel imbécil, y cuando se encontró al lado de la angelical Rosita y de su virtuosa madre, les refirió el lance; Rosa le suplicó que terminase aquella farsa, y Manrique se lo prometió: Rosita estrechaba las manos de este hombre dignísimo, y su buena madre, con los ojos arrasados de lágrimas, bendecía aquellos dos seres tan queridos de su corazón, á quienes había unido un sacerdote, bendiciéndoles en nombre de Dios. ¡Bendición santa, sublime; tú no deshonras, tú no avergüenzas... eres sancionada por el Ser Supremo, por el Divino Legislador!

Esta unión se había verificado hacia un mes, en cuya época heredó Manrique, además de una gran fortuna, un antiguo título, el ducado de la Bondad, y se creyó honrado ofreciéndolo juntamente con su mano á la distinguida y bella Rosita, que se juzgó la más dichosa de las mujeres.

Y esta preciada flor había sido desdenada por Lopez, ¡pobre necio!

A la siguiente noche acompañó Manrique á su mujer al teatro y se colocó á su lado: entró Lopez en el palco y apenas miraba á los que allí estaban, para poder observar á los de fuera y gozarse en la envidia que inspiraba porque Rosita se dignaba alargarle la mano y dirigirle la palabra.

Al fin notó que estaba allí Manrique, y si bien al pronto pensó no hacerle caso, cambió de idea cuando no solo advirtió que Rosita le miraba con agrado, sino que la distinguida duquesa del Olivo, que estaba en el palco inmediato, le hablaba con el mayor interés y confianza; entonces pensó Lopez que bien podía tratarle con finura, supuesto que merecía la atención de aquellas señoras.

—¿Usted por aquí? le preguntó á Manrique.

La duquesa del Olivo soltó una carcajada, y dijo al interpelado:

—Duque, á ese señor le extraña que esté V. al lado de su mujer, porque los maridos de su repertorio no se cuidan de esas cosas.

—¿Cómo... duque! balbuceó Lopez, y se quedó petrificado.

—Si, señor; respondió Rosita; presento á V. mi marido, el duque de la Bondad, que no quiere tratarle á V. ni con un átomo de ella.

—Bonito calembourg, dijo la duquesa en el momento en que Lopez abandonaba el palco confuso y corrido.

¡He ahí el ridículo á que se expone el necio que se tiene en tan poco que cifra su orgullo, su valer, en el miserable sentimiento de la vanidad.

La vanidad en la mujer se manifiesta muchas veces de distinto modo, porque también es distinta su manera de ser; contemplad á cualquiera de ellas, vedla colocada en una buena ó elevada posición, ya porque tenga riquezas casuales, ya por otras causas en que para nada influya el talento, las virtudes, ni aun su elevado nacimiento, sino por su buena fortuna; por el engrandecimiento social ó político de su familia, de su marido (aunque el camino para llegar á semejante altura no haya sido el más digno, el más decente); la vereis pasear con la cabeza erguida... desdeñosa... sin dignarse descender á la tierra, solamente cuando la casualidad hace que aperece á otra persona, bien de gran posición y riquezas, bien que figure mucho... Entonces la ve... la oye... la adula... se acerca... la acaricia... se une á ella... y al pasar por donde se halla reunida una sociedad de personas verdaderamente nobles, dignas, ilustradas y llenas de virtudes, aunque modestas, no se dignará siquiera saludarlas; pero estas lanzan una sonora carcajada, y el eco, apoderándose de ella, repite: ¡Qué tonta!... ¡qué tonta!... ¡qué tonta!

NATIVIDAD DE ROJAS.

AMOR FILIAL.

De amores rico tesoro
Guardas, madre, para mí.
¿Con qué pagarlo, si adoro
A tu ser con frenesí?

Si por tí suspiro y lloro,
Y amo y detesto por tí?

Y tú, madre, sin temor,
Me obligas con tus desvelos,
Porque nada fuera ¡oh cielos!
Madre mía, sin tu amor.

¡Yo que te causé dolor
Y te pagué en desconsuelos!

Si es tu fé toda mi fé
Y tu esperanza mi guía,

Esa deuda sacra y pia,
¿Cómo pagarte podré?

¡Ten caridad, madre mía,
Con el que sin tí no ve!

¿Puede el herido pagar
La hermana que junto al lecho

Cura el desgarrado pecho,
Y le logra consolar?

¿Cómo, di, podré dejar
Tu puro amor satisfecho?

¿Cómo pagará mi ser
Del tuyo sublime hechura,

La deuda de mi nacer,
La deuda de mi ventura,

Y la deuda del saber,
No amándote con locura?

Nada, nada encuentro escrito,
Que en vano voy de ello en pos;

Busco una fórmula, un mito,
Para amar igual los dos.

¡Qué ha de haberla! ¡Si es de Dios
Tu cariño; es infinito!

En vano mi poesía
Canta y canta tu virtud:

Amarte mi pecho ansía,
Sí, madre, hasta el ataúd...

Si no, me confundiría
En la negra ingratitud.

Yo quisiera adquirir nombre,
Ser raro como el armiño;

Yo quisiera, aunque te asombre,
Para decir mi cariño,

Ser en la espresion un hombre,
Porque me es poco ser niño.

Y al ser tanta mi pasión,
No encuentro para tí palma

Ni bastante inspiración,
Porque sin tregua ni calma

Yo quisiera ser tu alma
Como soy tu corazón.

Agosto 75.

CÁRLOS PLANELL.

A LA ADORADA MEMORIA DE MI HIJO ÁNGEL.

El tiempo extiende sus espesas alas
Velando los colores del pasado,
Sendero de mis pasos han dejado
Hondos y largos surcos de dolor;
Corta su mano delicadas rosas,
Del olvido las moja en la ancha fuente,
Y luego las deshoja blandamente
Sobre la abierta llaga de mi amor.

Cubierta está la herida. ¡Quién dijera
Que bajo de las rosas purpuradas
Hay más que nuevas flores apiñadas
Que fresco aroma de dulzura dan?

Pero el viento las mueve, las separa,
Queda patente la profunda herida,
Enconada aparece y encendida;
¡Sangre las rosas destilando van!

No malgastes tus flores tan queridas,
Que el soplo de un recuerdo desparrama,
Y más la llaga de mi amor se inflama
Que más se acrece oculta una pasión.
Eres, tiempo, eficaz; tu predominio
El mundo entero avasalló orgulloso;
Pero más que tu cetro poderoso,
Es grande de una madre el corazón.

¡Oh, tú que habitas fúlgidos espacios,
Surca el revuelto mar de la existencial
Suspendido en tus alas de inocencia,
No temas á la airada tempestad.
Puede hacer olvidar un paraíso
De mi dichoso amor el embeleso,
Y solo de tu labio el dulce beso
Mi abierta herida á su calor cerrar.

AURORA LISTA DE MILBART.

LA ASTRONOMÍA.

por

FRANCISCO GUERRERO GARCIA.

VII.

DE LOS ECLIPSES.

Cuando la luna, en su movimiento de rotación se halla exactamente colocada entre el sol y la tierra, esta no recibe por algún tiempo la luz del sol, y este astro experimenta entonces lo que llamamos un eclipse. Esto rara vez sucede, á no ser en una extensión de la superficie terrestre bastante limitada, porque la luna es más pequeña que la tierra, y sobre todo mucho menor que el sol, y este astro jamás está de tal manera eclipsado.

En los eclipses totales, se ve desde luego sesgarse la superficie del sol por uno de sus lados, que tapa el lado ó borde oriental de la luna, aumentándose el sesgo progresivamente, hasta que no presenta el sol más que la forma de una media luna, y luego desaparece completamente, quedando la tierra sumergida en la oscuridad.

Entonces se ven brillar las estrellas en el cielo, y el disco de la luna aparece rodeado de un pálido resplandor.

Los eclipses solares son más á menudo parciales que totales, esto es, según el sitio ó posición por donde se les mire. No obstante, un eclipse es total en un punto de nuestro globo, si bien la región que está alrededor de este punto no ve más que un eclipse parcial, toda vez que á cierta distancia de allí ni siquiera se nota el eclipse: por esta razón los eclipses solares son más bien parciales que totales.

Según la distancia relativa de los tres astros, sucede alguna vez que la luna no puede cubrir bien el sol y véase una banda luminosa de este astro al rededor de la sombra que proyecta, en cuyo caso el eclipse es anular.

El eclipse de luna puede muy bien ser parcial ó total, pero no anular, por la sencilla razón de que la tierra es mayor que la luna.

Y últimamente, cuando la tierra se encuentra colocada entre el sol y la luna, esta no recibe la luz de aquel astro, y por lo tanto queda eclipsada. La oscuridad dura muy cortos minutos, desembarazándose el astro poco á poco por el lado opuesto al que empezó á ocultarse, hasta que se presenta con todo su brillo.

(Se continuará.)

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

XXXVII.

BORDA D'AGUA SANTAREN.

Veinticinco minutos teníamos para descansar en la estación de Santaren. Nos sirvieron café primeramente y coñac despues. Frente á nosotros habia un hombre de aspecto raro y con traje argelino, esto es, jaique y gorro encarnado. Scott, así que se fijó en aquel hombre, corrió hacia él á saludarlo, y momentos despues estaba á nuestro lado tomando una copa de coñac.

—¿Quién es este hombre tan raro? le preguntábamos á Scott.

—El *chauch* árabe.

—No sé lo que es eso.

—Como si dijéramos en español el verdugo.

—¡El verdugo; esto es, el *carrasco*, como llaman en Portugal al ejecutor de la justicia!

Y el *chauch* se despedía de Scott para tomar el tren que pasaba hacia Madrid. Nosotros continuábamos dando buena cuenta del coñac y hablando mucho.

—He vivido en París cuatro meses con ese hombre, en el hotel Roussau, me decia Scott. Y despues añadía: Es una buena persona.

Yo, que oía como espantado á Scott, exclamé:

—Pero es realmente ese señor el verdugo árabe?

—El mismo; Abdalah-ben-Rudi, que viaja por Europa y es obsequiado por los primeros hombres del mundo. ben-Rudi, *chauch*, ó sea verdugo árabe, ha estado largo tiempo al servicio de Abd-el-Kader, y es célebre en toda la Argelia por su exquisita habilidad en el arte de separar una cabeza de un cuerpo.

Al contrario de lo que hacen los otros verdugos, Abdalah-ben-Rudi no corta nunca de un cimitarrazo vigoroso la cabeza del condenado. Coloca con el mayor cuidado el corte del instrumento de muerte sobre el cuello de la víctima, y con tal fuerza lo apoya, que la ejecución se verifica satisfactoriamente.

De este modo decapitó Abdalah-ben-Rudi un día treinta y nueve hombres en menos de cuarenta minutos, cambiando siete veces de cimitarra.

Tal prontitud admiró á Abd-el-Kader, que regaló á su verdugo favorito una lujosa gumia.

Desde que el jefe argelino dejó cesante á Abdalah-ben-Rudi, por no necesitar ya de sus servicios, el ejecutor de altas obras operó durante tres años por cuenta de las diferentes tribus árabes.

Recorría á caballo el desierto, y cuando encontraba un campamento, preguntaba si habia algun trabajo que darle. Enriquecido con su arte, se retiró á vivir tranquilo á Mostagamen, de donde ha salido para visitar á Europa, y ya le ve V., viaja como un príncipe. Ahora viene de Londres y se dirige á Roma. Por lo demás Abdalah-ben-Rudi tiene ya cincuenta años, su tez es casi negra, sus proporciones hercúleas y habla bien el francés, el inglés y el español. Es apreciado de todo el mundo y tiene condiciones que le hacen querer por quien le trata.

—Por mi parte, puedo decir á V. que no le daré jamás la mano.

—¿Por qué?

—Porque me causa horror. Yo siempre he creído que el verdugo, ese monstruo que mata á sangre fría á sus semejantes, es el tipo más degradado que vive entre nosotros.

—Así, poco más ó menos, dicen todos los moralistas.



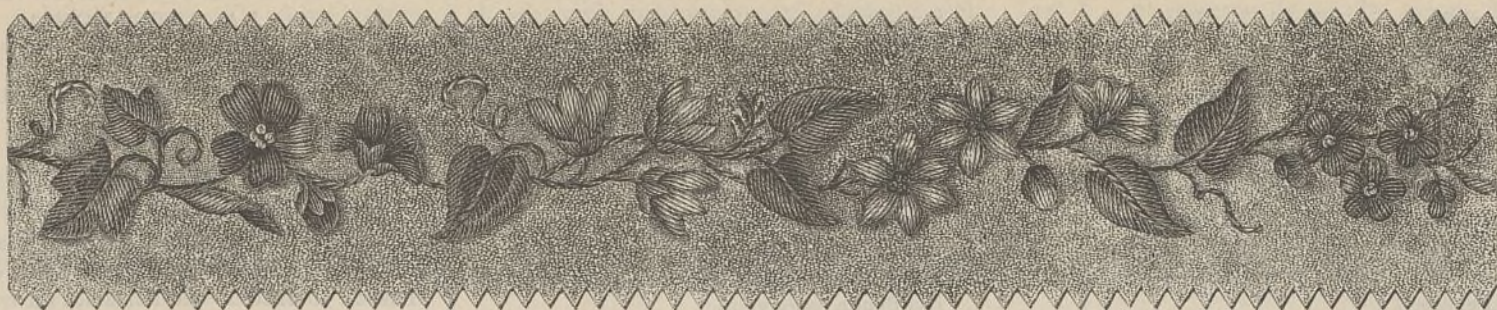
9. Vestido-blusa para niña. (Véase el núm. 10).

En esto el tren se disponía á partir. Pagamos cuanto habíamos tomado en la fonda y nos subimos al wagon. Sonó el pito del maquinista, tocaron la campana en la estación, y dejamos á Santaren, uno de los pueblos más pintorescos de la Extremadura portuguesa. Sus campiñas son un jardín primoroso, mejor que las cercanías de Valencia. El viajero que recorre los pueblos portugueses asentados en las márgenes del Tajo, se extasia ante el bello panorama que la rica naturaleza ofrece en el monte, en el valle, en la pradera y en las mismas turbulentas olas que se estrellan en las alegres



11. Volante plegado para vestido.

arenas que bordean ambas orillas. A estos pueblos, que desde Santaren hasta Lisboa no pueden contarse, llaman los portugueses *Villas da Borda d'agua*, y más que villas merecen el nombre de aldeas, porque lo forman



7. Cenefa bordada para almohadones.



8. Tuntilla de crochet.



marrón,

marrón claro,

marrón mas claro,

verde oscuro,

verde claro,

verde mas claro.

6. Dibujo para el antepecho núm. 5.

un caserío precioso, desde el histórico castillo de Almorol, hasta Casillas, frente á Lisboa. Pero lo mejor de esta población agrícola, que vive á orillas del mar y se mantiene

á la vez de la pesca, está en las inmediaciones de Santaren. Un cantar, popular que repiten frecuentemente los hijos del país, lo dice mejor que nosotros podríamos hacerlo:

"Borda d'agua, borda d'agua,
Borda d'agua Santaren,
Mais valle á borda d'agua
Que cuanta á Beira tein."

Dice muy bien este cantar popular. Los pueblos de *Borda d'agua* valen más que cuanto tienen la alta y baja provincia de Beira.

Recordando íbamos nosotros las bellezas de esta parte de Portugal, cuando Scott nos sacó de nuestra meditación preguntándonos:

—¿Santaren, es pueblo importante?

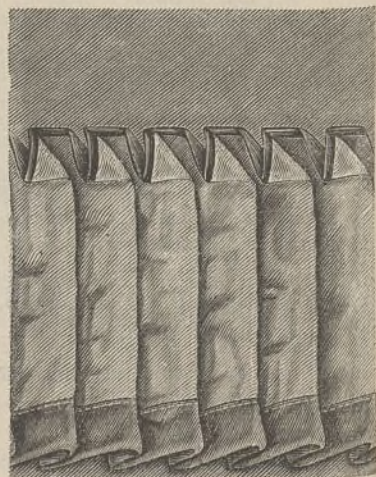
—Es una ciudad muy bonita, con unos 9.500 habitantes, en la provincia de Extremadura, asentada á orilla del caudaloso Tajo. Capital de la provincia de su nombre, con fábricas, comercio, industrias y sobre todo buena agricultura y ganadería, pues en su dilatada campiña, que se extiende á más de 10 leguas, pastan



10. Vestido-blusa para niña.

numerosos rebaños de corderos, piaras de cerdo y vacadas inmensas, todo lo cual constituye la principal riqueza de estos habitantes. En el Brasil hay otra ciudad denominada Santaren, á 12 leguas S. O. de Pará, en las orillas de las Amazonas, y un canal lleva el mismo nombre de estas ciudades; el que está en el estrecho del archipiélago de las Lucayas, formado por el gran banco de Bahamá y otros, midiendo 17 leguas de largo por 14 de ancho.

Scott no prestaba mucha atención á nuestras noticias sobre Santaren. Bostezaba repetidamente y cerraba los ojos de sueño. El tren corría, y apé-



12. Volante plegado para vestido.

nas si se detenía en las estaciones. Pasamos, pues, con la ligereza del aire por el Valle de Santaren, San Ana, Reguengo y Azambuja. El panorama que nos ofreció aquel largo trayecto era arrebatador. Campiñas

casario
cioso, des-
histórico
illo de Al-
ol, hasta
illas, fren-
Lisboa.
o lo mejor
sta pobla-
agricola,
vive á ori-
del mar y
mantiene
de Santa-
mente los
amos ha-

r popular.
qua valen
alta y baja

sotros las
Portugal,
uestra me-

portante!
onita, con
provincia
a á orilla
de la pro-
a fábricas,
obre todo
eria, pues
que se ex-
as, pastan

niña.

leros, pia-
ensas, todo
ipal ríque-
n el Brasil
da Santa-
ará, en las
y un canal
estas ciu-
estrecho del
s, formado
má y otros,
rgo por 14

atencion á
taren. Bos-
erraba los
ria, y apé-

estido.

estaciones.
gereza del
taren. San
aja. El pa-
quel largo
Campiñas



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Senoras

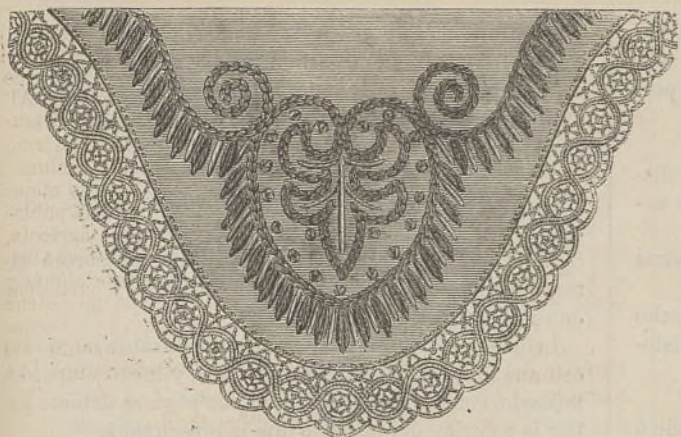
Plaza de Isabel 2ª II Madrid

Ayuntamiento de Madrid



anima
yectab
el rui
ovejas
ños, y
lejos p
voy q
do par
otra p
nos d
nos er
tas son
do. El
tábam
altos y
conmi
á la p
fumáb
no pu
pues e
nuam
donde
—¡H
Ent
tarnos
la nov
otros:
—¡C
seguia
—S
que to
—¡U
pañer
—N
para
que p





13. Adorno para el neceser num. 23.

animadas por las sombras que la luna proyectaba entre los árboles y las madreselvas, el ruido de las campanillas de las vacas y las ovejas que se movían recogidas en sus rebaños, y las campanas de las torres que desde lejos parecían llamarnos para saludar el convoy que despreciaba sus metálicos ecos. Todo parecía misterioso, todo sobrenatural. Por otra parte, aquellos pequeños pueblecitos nos despertaban recuerdos históricos que nos eran gratos á la imaginación, como gratas son siempre las memorias del bien pasado. El tren paraba á proveerse de agua. Estábamos en Azambuja, el pueblo de los pinos altos y copudos. Scott despertaba y bajaba conmigo á estirar las piernas. Nos sentamos á la puerta del cuarto del jefe de estación, y fumábamos tranquilamente un habano que no pudimos acabar si no dentro del wagon, pues el convoy se puso en marcha y continuamos, sin hablar palabra, hasta Carregado, donde un hombre gritaba:

—¡Parada y fonda!

Entramos á tomar café y coñac. Al levantarnos para marchar, nos encontramos con la novedad de que habían pagado por nosotros:

—¿Quién es ese buen caballero que nos obsequia? pregunté yo al criado de la fonda.

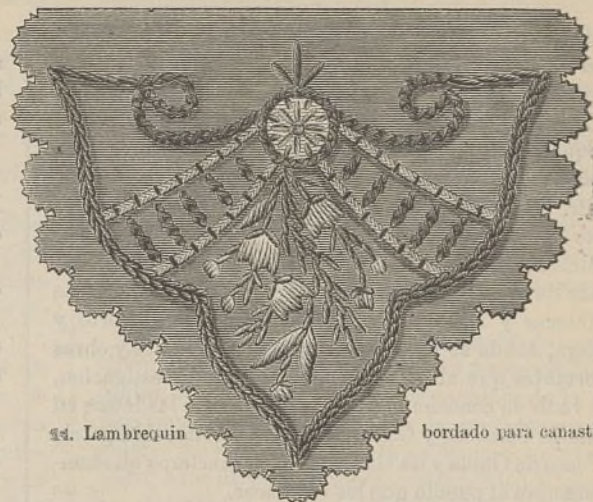
—Soy yo, señor; me respondió un joven que tomaba café á nuestro lado.

—¿Usted aquí?... ¡Mi buen amigo y compañero!

—No he podido alcanzar al tren que salió para Santaren y he de esperar aquí hasta que pase el de la madrugada.



15. Vestido para visitas.



14. Lambrequin bordado para canastillas.

—Siento mucho que no nos acompañe V. á Lisboa.

—Allí estaré en Febrero.

—Pues nos damos cita para ese tiempo en Lisboa, y hasta entonces, que el tren va á partir.

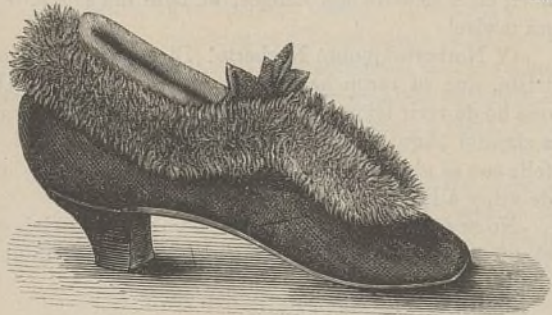
Nos colocamos en el wagon, y el tren partió para Villa Franca.

Scott, así que el tren empezó á andar, me preguntó:

—¿Quién es ese amigo de V.?

—Un literato portugués de mucho talento. Teophilo Braga, el autor de la *Historia de la literatura portuguesa*, una de las mejores obras publicadas en estos tiempos. Este libro, que gracias á la amistad que nos une al autor hemos podido leer, en manuscrito, parte, impreso los primeros tomos, en 1872, cuando se publicaban, es un trabajo que por su importancia y cuantas noticias encierra, no tanto como por ser la única obra de su género que tiene Portugal, y á donde necesariamente tendremos que acudir para consultar los que nos dedicamos al cultivo de las letras, está llamada á señalar época en la historia literaria de este país tan rico en géneos como en epopeyas gloriosas.

Su autor no se ha propuesto hacer un ligero estudio del movimiento literario de su país, sino que ha ido más allá, y en los doce tomos de su obra pretende dejar escrito, para el porvenir, un precioso monumento para las letras portuguesas, en el cual se vea reflejado con madurez y buena inteligencia la historia general de la literatura lusitana,



16. Zapatilla con tacon.



17. Zapatilla sin tacon.



20. Pouf bordado de aplicaciones.



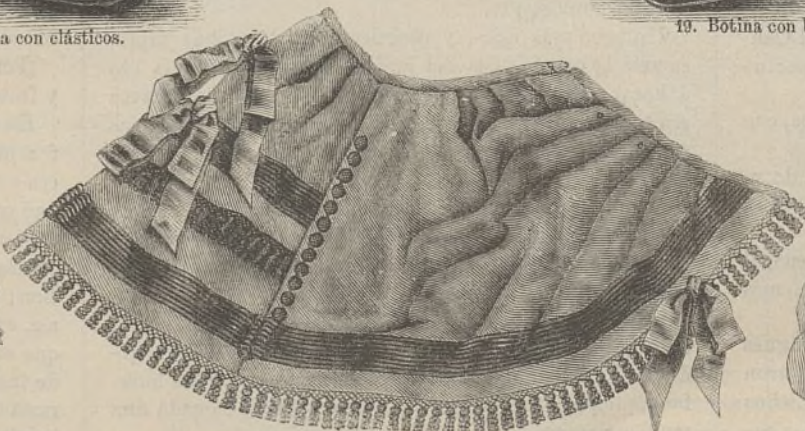
18. Botina con botones.



19. Botina con botones.



21. Falda plegada de moda.



23. Túnica para vestido. (Véase el número anterior).



22. Falda plegada de moda.

señalando convenientemente, bajo un plan bien estudiado y con un método regularizador, los caracteres distintivos de las letras en las épocas pasadas, desde los primeros trovadores ó cancioneros de los tiempos de D. Alfonso Enrique, primer monarca portugués, hasta nuestros días.

Así solamente, abrazando un plan tan vasto la obra del Sr. Theophilo Braga, podía llenar el vacío que se siente en Portugal, por no tener escrito un libro de esas condiciones; y ya la literatura portuguesa podrá ser conocida de todos y estudiada sin necesidad de visitar las bibliotecas y archivos de Lisboa, Santarem, Porto y y Braga, donde se custodian preciosos originales y obras importantes que abren el camino de la investigación, para venir en conocimiento de lo que fueron las letras en el país de Camões y Gil Vicente, en la esclarecida patria de Vasco de Gama y de Garrett, géneos preclaros que honran siempre al pueblo que les vió nacer.

Pero hacer un exámen detenido, considerando bajo el punto de crítica la obra del Sr. Braga, es una tarea demasiado larga para que yo, un tanto cansado por la expedición que hemos emprendido juntos, pueda hacer ahora, amigo Scott; por otra parte, como ahora no se han publicado más que los primeros tomos, daré á V. algunas noticias muy sucintas del plan de la publicación, tal como aparece en la distribución y orden de los libros hecha por el autor, para que así tenga V. conocimiento de la obra que se está publicando en Lisboa.

En el tomo primero, y bajo el epígrafe de *Introdução á historia de literatura portuguesa*, se da un exórdio muy interesante para venir al conocimiento de las letras en Portugal, siendo de doble interés este tomo para los españoles, porque en él se trata, como no podía ser por ménos, de los poetas y literatos españoles en aquellos primeros tiempos, donde comienza la reconquista, y da principio con ella nuestro *Romancero*, que es la verdadera *Iliada* española.

Divídese la obra en cuatro partes: la primera, que abraza los tomos II, III y IV, trata de la influencia que prestaron en los primeros albores de las letras portuguesas (1112-1495), los trovadores y cancioneros; la segunda puede llamarse la *Edad de oro* en la literatura de Portugal, porque abarca el período más grande, la época gloriosa, por los géneos preclaros que brillaron en el país lusitano. Se conocen estos tiempos en Portugal, como los mejores para el arte y para las ciencias, y los hombres que figuraban entonces se les llama *os quinhentistas*, sin duda porque son los que dan fama al siglo décimo quinto (1496-1578), para quien dedica el autor los tomos V, VI y VII.

La tercera parte, no ménos interesante que las anteriores, ocupa los tomos VIII, IX y X, y se trata en ellos del período más importante de la obra, cuando las letras en Portugal, habiendo logrado formar escuela, entran en un período regularizador y se organizan y dividen los gustos literarios, ya en el teatro, ya en las academias, ya en los diferentes géneros de poesía. Esta época, que señala el autor bajo el epígrafe de *Academias literarias* (1640-1820), es la más importantísima para todos, para españoles y portugueses.

La parte cuarta y última, señalada con el nombre de *O Romanticismo* (1833-1870), comprende los tomos XI y XII, en los cuales se da á conocer la época contemporánea.

Esta división de la obra nos agrada sobremanera, pues en ella están señaladas convenientemente las cuatro épocas en que se deberán apreciar distintamente las letras en Portugal, por los caracteres también distintos que dividen unas de otras.

Diré á V. algo del contenido de cada tomo:

Ya he dicho que en el primero se hace una larga introducción á la literatura portuguesa.

En el II se da la historia detallada de la poesía provenzal lusitana.

En el III se describe la historia de la formación de *Amadis de Gaula*, aquel famoso caballero cuya fama refieren mil historias peninsulares.

El IV sirve para relatar la escuela española del Cancionero general y su influencia en la literatura portuguesa.

En el tomo V se da á conocer la poesía dramática, con Gil Vicente, su vida, su muerte y su escuela.

En el tomo VI, la poesía lírica con la aparición de su maestro Sá de Miranda, de quien se da su escuela y se refiere su vida y muerte.

En el VII, la poesía épica con Luis de Camões, el autor de *Os Lusíadas*, el génio indudablemente más grande que ha tenido Portugal en las letras.

El tomo VIII sirve para conocer el teatro portugués en los siglos XVII y XVIII, en que sus autores lograron sostener á gran altura la fama de los teatros de Lisboa y Coimbra, por las obras importantes que para ellos escribieron.

El tomo IX es donde entran los literatos y escritores sucesores de Camões, Gil Vicente y Miranda, por lo que les llama el autor de esta obra *os seis centistas*, como pertenecientes al siglo XVI.

En el tomo X se hace la historia de la Arcadia.

En el XI se da la vida del famoso crítico Garret, señalando á este génio como el regenerador de la nueva escuela romántica.

Y el XII sirve para conocer la decadencia de las letras en Portugal.

Tal es la obra del Sr. Braga. Nuestro amigo ha hecho un trabajo que está llamado á señalar época en la historia de la literatura peninsular.

—Creo como V.

En esto el tren paraba de nuevo. Habíamos llegado á Villa-Franca.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

(Continuación).

—Solo tengo la de mi cuarto, ¡hela aquí! balbuceó confusa y vacilante.

—Y la de la habitación contigua, y la del jardín? preguntó la condesa con semblante airado.

—¡Es mi secreto! repitió la pobre jóven, dejándose caer en el banco y prorumpiendo en sollozos.

La condesa se alejó sin dirigirla ni reproches ni consuelos.

Las ramas del árbol se agitaron. ¡Era Leopoldo, que también huía de ella, que también la abandonaba!

Margarita levantó las manos al cielo, y ofreció al sublime Mártir del Gólgota el sacrificio inmenso de su alma.

—¡Oh, cuánto sufro! exclamó al cabo de un instante, retorciéndose los brazos con desesperación, ¡cuánto he sufrido! ¡Ellos me desprecian, me abandonan!... ¡Dios mío, Dios mío, ten compasión de mi tormento!... ¡Pero al ménos, destruyendo para siempre mi felicidad, he dejado intacta la suya!... ¡Haz que sean felices, Dios piadoso! ¡Qué importa, ¡ah! qué importa, si lo consigo, que muera de dolor en este instante!

La brisa de la tarde trajo entonces á su oído un ¡ay! quejumbroso del enfermo.

Margarita se puso de pié con aire resuelto, enjugó sus lágrimas, y murmuró fijando los ojos en el cielo:

—¡Dios mío, acepta el sacrificio, y haz que tenga valor para cumplirlo!...

Y se dirigió con paso rápido y seguro á la estancia en donde gemía su marido.

La condesa destinó á Margarita un aposento interior en el último piso, y la desdichada huérfana sufrió con resignación esta nueva injuria, trasladando á él los pocos efectos que la pertenecían.

A la mañana siguiente, Leopoldo se levantó con el alba. Un extraño desasosiego interior le acosaba y le impedía conciliar el sueño.

Descendió al jardín, y se detuvo delante del pabellón, pensando por la milésima vez en aquella mujer, que ocultaba un corazón depravado bajo el aspecto de un ángel.

El pabellón era un pequeño edificio, que constaba de dos cuerpos, independiente el uno del otro, y con entradas distintas. El que había habitado Margarita, era un lindo cuarto bajo con alcoba, cuya puerta grande, á la sazón abierta de par en par, daba al jardín; el otro, al parecer más reducido, solo tenía una puertecita secreta junto á la tapia, y oculta entre el follaje. Esta puertecita estaba herméticamente cerrada, y su llave era la que, según decía Margarita, se había extraviado en ocasión tan importante.

Un poco más lejos, y practicada en la misma tapia, se veía la puerta falsa del jardín, cuya llave había ido á hacer compañía á la primera. Este extravío de llaves era tan inverosímil, que hubiera desvanecido todas las dudas de Leopoldo, si alguna hubiese albergado todavía.

Triste y pensativo, penetró en el aposento que había ocupado Margarita. Reinaba en él el mayor desorden, y mil diferentes objetos estaban revueltos y amontonados sobre las sillas y las mesas.

Había entre ellos algunas labores, obras primorosas, delicadas, y de tanto trabajo, que Leopoldo se sorprendió de no haberlas visto nunca en las manos de la huérfana, pues era preciso que hubiese empleado en cada una mucho tiempo.

Admirólas el jóven, pensando con qué objeto podía

Margarita tenerlas allí, si no eran suyas, y si lo eran, qué motivo podía impulsarla á tan impropio trabajo.

Mientras hacía estas reflexiones, sus ojos se fijaron en un libro, cuya encuadernación, muy antigua, era de pergamino con chapas de plata.

¡Debía ser un recuerdo de su madre!

Leopoldo lo tomó, y vió que era la *Imitación de Jesucristo*.

No sé qué tiene de espiritual un libro, que parece estar identificado con la persona que lo posee, y participar de su misma esencia.

Leopoldo lo conservó en sus manos durante largo rato con una indefinible religiosa ternura, y luego empezó á hojearlo, como si en cada una de sus páginas debiese hallar la solución del misterio que le preocupaba.

Y la casualidad correspondió á su deseo, pues al volver una hoja, halló un papel manuscrito, y según por su lectura comprendió, era el borrador de una carta.

Decía así:

«¡Con qué inexplicable placer he recibido sus protestas de cariño, dulce padre mío! ¡Cómo palpitaba mi corazón de tierno júbilo al saber noticias de mi pobre loco, de mis queridos amigos de la infancia! ¡Si viera V. cuánto anhelo respirar el aire de mi aldea, gozar de la dulce libertad de mis campos solitarios! A veces mi buena protectora sorprende una lágrima en mis ojos y un suspiro que se escapa de mi pecho. ¡En vano me pregunta quién lo causa! ¡Ay! ¡yo no me atrevo á decirle que suspiro por mis pintorescas montañas, por mis floridos valles! ¡No me atrevo á decirle que lloro por mis avecillas, que, posándose en los árboles del huerto, me embelesaban con sus cantos; por mis flores, que me embriagaban con sus más suaves perfumes; por mi pasado tan bello, más bello, porque le comparo con mi presente árido, triste y desolado! ¡Entonces mi trabajosa existencia era, al ménos, útil! ¡Entonces podía amar sin remor, dimientos, porque era libre!

«¡Oh! ¡no me riña V., padre mío; esta loca pasión se extinguirá! ¡se va extinguiendo! Se lo he prometido á V., y cumpliré mi promesa, aunque tenga que arrancarme el corazón hecho pedazos.

«¡Dios y la virtud lo exigen! ¡Dios y la virtud me darán fuerzas para triunfar en la azarosa lucha; pero voy á ser tan desgraciada!

«¡Cuán diferente es mi porvenir agitado del tranquilo porvenir que yo soñaba! ¡Yo creía pasar mi vida junto á V., en el seno de mis amigos, al lado del sepulcro de mi madre!

«¡Y Norberto! ¡pobre Norberto! ¡Dice V. que está muy triste, que su razón ha acabado de oscurecerse!... ¡Por qué he de vivir lejos de los sitios en donde podía ser útil á alguno? ¡Aquí la condesa tiene á su hija, Leopoldo es feliz con el ídolo de su alma, Andrés me aborrece y huye de mí, y á los demás les soy indiferente!

«No se enoje V., padre mío, pero yo necesito vivir con el corazón, y exhausta de afectos, me es insostenible la existencia...»

Hasta aquí llegaba lo escrito.

Leopoldo cerró el libro, lo depuso sobre la mesa, y apoyó su frente ardorosa en las palmas de las manos.

Representáronse á su imaginación las lúgubres últimas escenas de Balsain, la resistencia que había opuesto Margarita á contraer aquel enlace, su llanto, su amargura, y cómo se había dejado conducir al altar, para salvar la vida de su madre moribunda. Recordó el empeño de Andrés en unirse con ella, su indiferencia posterior, el abandono en que la dejaba, su desden, su sarcasmo insolente, siempre que se veía precisado á dirigirla la palabra.

—¡Misterio! ¡misterio! pensó abismándose en sus reflexiones. ¡Pobre mujer! ¡desventurada mujer!

Salió de la estancia y fué á sentarse bajo la sombra de su árbol favorito.

—¡Quién será el objeto de ese apasionado amor! pensó con una indefinible amargura. ¡Algun compañero de su infancia, algún honrado labrador de su pueblo, que hubiera sabido hacerla dichosa!...

¡Pero ya sé por qué siento por ella un cariño tan puro y fraternal, ya lo sé!...

En efecto, durante aquellos días se había sorprendido á sí mismo pensando con placer en Margarita, y entonces comprendió que esto dimanaba de la misteriosa afinidad que existía entre ambos, tanto en ideas como en sentimientos.

Más de una vez se lo había confesado á la misma Cristina; cuando cerraba los ojos y se recogía, por decirlo así, en su interior, no era la hermosa y brillante jóven la que se le aparecía, no era la sonrisa coqueta y la mirada de fuego de la belleza que le fascinaba, sino una misteriosa figura dulce y pálida, un semblante que respiraba bondad, una voz cuyo acento revelaba una profunda é inagotable ternura.

Entonces esa mujer, embellecida por las dos amables virtudes que forman la esencia de los ángeles, el amor y la pureza, le seguía á su antiguo palacio de Aragón, escondido entre los bosques. ¡Veíala en medio de los habitantes del pueblo enjugando con él las lágrimas de la viuda, extendiendo su benéfica mano al huérfano desvalido, consolando los últimos momentos del octogenario anciano! ¡Veíala en medio de sus inocentes hijos, formando su corazón, revelándoles las máximas de moral y de virtud, imprimiendo un apasionado beso en la frente de aquellos ángeles, en el mismo lugar en donde él había impreso el suyo, para que ambos besos formasen una bella y santa aureola sobre sus cabezas infantiles.

Sin saberlo, casi sin quererlo él mismo, la brillante imagen de Cristina se desvanecía para dejar su puesto á Margarita, y este último nombre era el que murmuraban instintivamente sus lábios.

Entonces recordaba una época confusa, en que otro corazón había palpitado acorde con el suyo, en que había hallado una mirada que en balde buscaba ahora, en que había oído una voz que, partiendo del alma, llegaba hasta su alma, y evocando estos recuerdos, quedaba sumido en una indefinible y grata melancolía.

Trascurrieron algunos días. Durante aquellos días, la reacción en favor de Margarita fué espontánea y completa. Como el sol, que al presentarse sobre el horizonte, ahuyenta y desvanece la neblina, del mismo modo la presencia de la joven, su noble continente, su actitud digna y serena, disipaba todas las dudas, triunfaba de todas las pruebas, casi evidentes, que hablaban en contra suya.

Aunque es tan baja y vil la maledicencia, siempre hay un fondo de verdad en sus acusaciones, y casi nunca se equivoca cuando designa á sus víctimas.

La maledicencia pasa sobre el inocente, como el huracán sobre los cedros del Líbano, que enderezan su alta copa tras de la tormenta, sin conservar huella ninguna en su ramaje: la maledicencia abate y destroza al verdadero culpable, como destroza el huracán las débiles cañas que crecen en las orillas de los ríos.

Pasaron algunos días. Margarita recobró su consideración primitiva, y el nombre de Cristina volvió á pronunciarse en voz baja con misterio.

La joven coqueta advirtió este brusco cambio, y sintió llena su alma de terror y de despecho. Aquella superioridad moral de Margarita la humillaba, y ella que en medio de su orgullo, jamás había tenido envidia á nadie, tuvo envidia de la huérfana oscura y desvalida.

La envidia engendra el odio; el miedo la bajeza. Cristina no daba cabida en su imaginación más que á un solo pensamiento; vengarse de quien ofuscaba su brillo, en un terreno en el cual ella no podía luchar, y salvar su reputación del peligro que corría.

Otros eran los pensamientos de la condesa, cuyo amor hacía su hija adoptiva se había exaltado hasta el exceso durante aquella terrible prueba, de la cual la joven había sabido salir incólume.

Como el alma de la noble dama estaba formada de abnegación pura y entusiasta, cifró todo su afán en privarse á sí misma de aquel tesoro que constituía su dicha, y habló resueltamente á Andrés, que ya casi estaba restablecido, para que se uniese á aquella mujer tan digna de su afecto, y para que la escudase con la égida de su nombre.

Como los recursos con que éste contaba eran escasos, propúsole dotar á la huérfana con una crecida cantidad, que le entregaría en el acto, para que sufragase los primeros gastos de poner casa, y se comprometió á buscarle un empleo decente y lucrativo, para que le proporcionase medios de vivir en lo sucesivo.

Por un misterio inexplicable del corazón humano, Leopoldo se asoció á este plan de la condesa con tanto ardor, que parecía que toda su dicha estribase en que Margarita se reuniese con su esposo. Le parecía que con esto cumplía un deber sagrado, pues poseyendo el secreto de la huérfana, quería á todo trance que su misterioso amor se extinguiera, y lo más á propósito para conseguirlo, en un alma tan recta y delicada como la suya, era rodearla de la consideración de su marido.

Margarita los dejaba hacer y callaba. Comprendía sus deberes, y sabía que el lugar de la mujer casada era la casa de su esposo, fuese este quien fuera.

(Se continuará.)

ECOS DEL MUNDO.

Entre los visitantes del pabellón de Enrique IV en Saint-Germain, se encontraba la pasada semana una mujer que llamaba la atención general por su figura, su tra-

je, la expresión de su fisonomía, su belleza y toda la *mise en scene* de su persona.

Contaba apenas veinte años; su talle era esbelto; su traje de cachemira blanca estaba adornado con cintas de terciopelo violeta; llevaba un sombrero á lo *Rubens*, ornado de plumas blancas y puesto sobre un peinado de un gusto nuevo, no solo por su forma, sino también por su color.

Sus cabellos no eran ni rubios, ni negros, ni castaños, ni rojos, ni dorados; eran blancos como la nieve, pero espesos, largos, rizados, sedosos, y se prestaban á todas las fantasías del arte más refinado: esto era bonito é interesante, como todo lo nuevo ó exótico.

Esta mujer, joven y bella, estaba acompañada por un caballero cuya figura ostentaba una gran distinción, y de una señora de más edad, vestida sencillamente con un traje violeta y de una elegancia placida y tranquila.

Aquellos cabellos blancos parecían una anomalía, y no obstante, su efecto era encantador. ¿Quién sabe si después de haber admirado á esta joven no imitarán muchas su manera de peinarse y el matiz nevado que ha dado á su cabellera? En los últimos años del siglo pasado, ¿no se peinaban las damas con polvos blancos en el cabello y parecían encantadoras también?

Como quiera que sea, esta joven llama la atención en los teatros y paseos, donde se presenta siempre acompañada de su madre y de su marido, como lo estaba en el pabellón de Enrique IV, y siempre admirablemente vestida.

Empieza ahora en París, y está en lo más creciente de su favor, la ridícula manía de aprender latín las mujeres; todas las jóvenes del gran mundo aprenden la lengua de Tácito á la vez que la equitación y la esgrima, y para que veáis, mis queridas señoras, que os afirmo una verdad, os diré que la profesora que está de moda para enseñar el latín á las señoritas en la capital de Francia es Mme. Boulanger, que vive plaza de la Magdalena, número 3. Dicha señora tiene una academia todas las noches en su casa, y durante el día va á dar lecciones á muchas casas de la grandeza; esta profesora es muy conocida y muy estimada en el Faubourg Saint-Germain, dice (y según se asegura con razón), que para honrar á Dios es preciso saber hablar el idioma en el cual se le ruega, y que la lengua divina y primitiva es el latín; acaso la costumbre nos haga hallar natural el que se enseñe á las mujeres la lengua de los sabios, porque la moda todo lo puede. Pero hoy nos parece sumamente extraño, y podemos asegurar que muy pocas señoritas españolas seguirán esta moda, aunque domine demasiado por desgracia el espíritu de imitación: lo que sí es cierto que hay una tendencia creciente en nuestro sexo, y es abrirse un camino que le ponga á cubierto de la miseria, que es una horrible esclavitud.

Las señoras cuya fortuna es modesta ó escasa, y estas son las más, no pueden atreverse á gastos ruinosos que comprometen la paz y el bienestar de su familia, y no tienen otro remedio que discurrir por sí mismas y valerse de los excelentes patrones que dan los periódicos de modas, y de una costurera que sea medianamente inteligente para seguir sus instrucciones.

Eso es mil veces preferible, á llevar un lujo que cuesta muchas tormentas domésticas, porque no hay padre, esposo ó hermano que no se resienta y se enoje, cuando gastos exorbitantes le arruinan y le arrebatan el sosiego.

¡A cuántas mujeres he visto sufrir angustias mortales por no saber de qué manera pagar la cuenta que cada día les enviaba su modista, cansada de esperar el cobro!

¡Cuántas hay que venden encajes y joyas para satisfacer esas deudas antes de que se aperciban de ello sus esposos!

¡Cuántas soportan de éstos expresiones duras, convenciones tanto más severas cuanto son más razonadas, negativas groseras y frases que rebajaban la dignidad de estas pobres mujeres!

Cuando la mujer deja de ser el ángel de la casa, el marido se convierte de compañero y amigo en dueño y señor, y manda, exige ó niega con una dureza y una grosería de que ya no se puede quejar la esposa, que fué la primera que dejó su sitio.

Después de la primera cuestión de esta clase, vienen otras muchas; porque las cuestiones son como las cerezas, que jamás sale una sola: es preciso, pues, evitar la primera; es preciso no decir ni oír cosas que, una vez dichas, no se olvidan jamás, y dejan en el alma una amarga levadura, que tarde ó temprano da sus frutos.

Como á pesar de todos estos escollos la forma de los trajes es de precisa condición que sea elegante aunque las telas sean modestas, es muy esencial el que las señoras se acostumbren á cortarlas por sí mismas, sino los buenos ó de precio, á lo menos los que usan para la casa ó para salir de mañana, lo que pueden hacer valiéndose de buenos y acertados patrones, y de una costurera que les ayude en su casa.

Mucho más que una modista mala alcanza, en cuanto al buen gusto, una señora que tiene instintos de elegancia y distinción; y tomando de lo que ve llevar á cada una de sus amigas aquello que más le agrada, y sobre todo, aquello que diga mejor con su figura y cara, puede estar cierta que vestirá con elegancia, sino con lujo extraordinario y fastuoso.

En los niños es también de recomendar la mayor sencillez: ninguna tela cara sienta bien á esas criaturas inocentes, que sólo han visto el primer albor de la vida: parece como que el lujo debe ser la compensación de los dolores y de las luchas de la existencia: el lujo da majestad á los cabellos blancos, y sienta bien á los semblantes marchitos por la dura huella del tiempo; pero á la infancia y á la juventud la fresca sencillez es la más linda de las galas.

La más bella de las actrices que hoy están en ejercicio, Mlle. Tallandiera, de quien se dice deja estático á todo el que la mira, tiene en la actualidad el privilegio de atraer la atención de todo París, que va á admirar en *La dama de las Camelias*, no solo la más arrebatadora Margarita Gauthier que se haya visto, sino los más deliciosos trajes que es posible imaginar.

Ya se sabe que *La dama de las Camelias* es un estudio de costumbres (francesas), tomado al vivo, que se mira como la alta expresión de la comedia humana, y que se puede vestir, según las más exquisitas elegancias de la moda el día que se representa.

Mlle. Tallandiera, que es rubia y esbelta, y como afirman todos los periódicos, de una belleza nunca vista, *ni aun soñada por los poetas* (así lo dicen los mejores críticos teatrales), de una belleza deslumbradora; su cabello es sedoso y dorado, y esto basta para entusiasmar, no solo á los parisienses, si no á toda la colonia extranjera y aristocrática que habita en París; un periodista belga, uno de los más elegantes cronistas de nuestros días, dice lo siguiente:

“Fueron rubias: Eva, la primera mujer, cuyo artífice fué la Soberana inteligencia y manos del mismo Dios: Venus, Urania; Juno, Reina del Olimpo, y Psiquis, que sedujo al mismo Amor, cantadas por el paganismo: Medea, origen del toison de oro; Julia, hija de Julio César, mujer de Pompeyo; Trineia, amante y modelo de Práxiteles; Atalanta Berenice, reina de Egipto, madre de los Ptolomeos; Aspasia, célebre griega; Nyssida, hija del Sátrapa de Magabase; Mónica de Stratonice, amante de Mitrídates; la Fornarina, modelo de las Vírgenes de Rafael; la Rogelana, mujer de Soliman; Beatriz, el ángel del Dante; Armida, Herminia y Clorinda, creaciones del Tasso; Angélica, cantada por Ariosto; Laura, del Petrarca; Eloisa; la Valliere; Enriqueta de Inglaterra; Inés Sorel; Diana de Poitiers; Gabriela de Estrees; Mme. Varrenne; Emma, hija de Carlo-Magno; Ana Bouleyn; Juana Seymour, mujer de Enrique VIII de Inglaterra; Juana Grey, condesa de Salisbury, á la que Eduardo III recogió la liga, origen de la orden de la Jarretiera; María Stuardo; María Antonieta; la condesa de Koenigsmark, madre de Mauricio de Sajonia; Catalina de Rusia; María Teresa de Austria y otras mil que sería prolijo enumerar.”

Volvamos á Mlle. Tallandiera, y su ferviente admirador, que con elogio suyo ha escrito un artículo con todas las citas anteriores, y digamos que es tal su elegancia, que un vestido recientemente inventado para ella ha tomado su nombre: es de terciopelo negro, de hechura princesa, con dos grandes tablas detras en el talle, guarnecido de encaje y cocas de raso negro: los bolsillos, también de encaje, figurando cuernos de la abundancia, que empiezan en punta con un lazo y arrojan una cascada de encaje, llámase este traje *vestido Tallandiera*.

Todas las damas de París preparan trajes semejantes á los de esta actriz encantadora, que es la Patti de la escena dramática francesa, y que ha tenido ya más proporciones de grandes casamientos que tuvo la Nilsson en Inglaterra; y eso que apuntó en tres meses veintidos peticiones á su mano.

Me despido por hoy de vosotras, señoras mías, asegurándoos que no hay ningún periódico de España que dé á mis lectoras noticias más adelantadas y más verídicas, que las que os da vuestra amiga.

LA CONDESA DEL VALFLORES.

APUNTES BIBLIOGRÁFICOS.

ANTONIA GARCÍA.

Lo bello de su tipo y la dulce languidez de sus miradas, sus actitudes graciosamente voluptuosas, hacen comprender desde luego en ella que es hija de la hermosa Andalucía.

Y en efecto, nació en Algeciras, provincia de Cádiz, el día 8 de Abril de 1850.

En 1865 se dedicó al arte de *Euterpe*.

Trabajando en casi todos los teatros de Andalucía.

En Madrid, en el circo de Rivas,

En el de la plaza del Rey,

Y en el de Romea.

Su bonita voz, tantas veces celebrada en la prensa periódica de Madrid y provincias, puede oírse hoy en el teatro de Jovellanos, cuyo empresario ha logrado reunir una excelente pléyade de actores, cuya carrera artística tendremos el gusto de dar á conocer á nuestros lectores. Hemos omitido decir que el día 2 de Febrero de 1867 contrajo matrimonio

Antonia García, con el entonces acreditado barítono y hoy aplaudido bajo cómico Salvador Videgain Gomez, nacido el 6 de Abril de 1842 en Málaga.

Ambos han compartido los laureos y los triunfos, pues casi siempre han trabajado juntos, distinguiéndose en *El Tío Camuytas*, *Sensitiva*, *Entre mi mujer y el negro*, *La cobra tira al monte*, *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, *Equilibrios de amor*, *Bazar de novias*, *El baron de la castaña*, etc. etc.

MANUEL CALVO.

ESMERALDA CERVANTES.

Esta prodigiosa niña, después de haber recorrido en triunfo Río Janeiro y Montevideo, se halla ahora en Buenos-Aires.

En la capital de la República del Uruguay, obtuvo una ovación espléndida.

La noche del concierto, el presidente D. Pedro Valera y su señora, la enviaron el nombramiento de ciudadana de honor de la República Oriental. El pergamino diplomático le fué entregado sobre un cogin de raso blanco con las

armas nacionales bordadas en oro. Además, en lindos estuches le regalaron un rico aderezo de tres mariposas de brillantes para pendientes y medallón, y una preciosa sortija solitario. Los estuches iban envueltos en un magnífico pañuelo de encaje Valencienno. Otras muchas familias la prodigaron obsequios análogos en costosas joyas, además de haber cubierto el palco escénico á su presentación con gigantescos ramos de flores, coronas, aves raras y dulces. En la capital de la República Argentina, y mientras prepara su concierto, ha tocado en *petit-comité* en casa del presidente de aquella república, general Mitre, el cual ha escrito en el álbum de

Clotilde la siguiente página, que publica *La Nación*, periódico de Buenos-Aires:

«EL ARPA DE ESMERALDA, Homenaje á la señorita Clotilde Cerdá y Bosch.

Un soplo de la brisa basta para hacer sonar armónicamente las arpas élicas, instrumentos primitivos de la creación, que nacieron con el árbol y con el viento.

Solo el génio puede hacer bro-



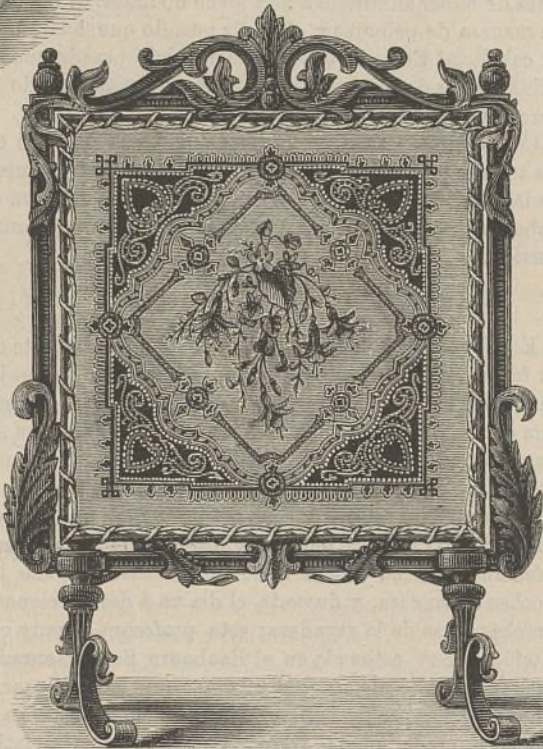
24. Mariposa de encaje para lazos.



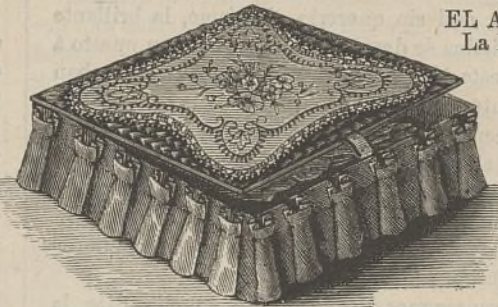
25. Acero. (Véanse los núms. 26 y 27).



26. Flores bordadas para el acero núm. 25.



29. Pantalla de chimenea. (Véase el núm. 30).



28. Neceser de tocador. (Véase el núm. 13).



27. Flor para el acero núm. 25.

vera. Los naturalistas dan el nombre de himenópteros a todos los insectos que están provistos de cuatro alas membranosas, desnudas y divididas en grandes células. De todos ellos da cuenta el abejaruco cogiéndolos con su pico voraz, con tanta imparcialidad, que ni siquiera perdona á la industriosa abeja. —RAMON DE SOLA Y DE RIUS.

OBRAS DE DOÑA ANGELA GRASSI

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION.

Las riquezas del alma, dos tomos, 8 reales en Madrid y 9 en provincias.

El que no siembra no coge, un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

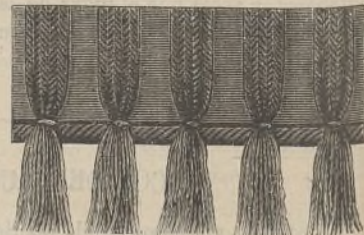
EXPLICACION del figurin 1196

FIG. 1.º

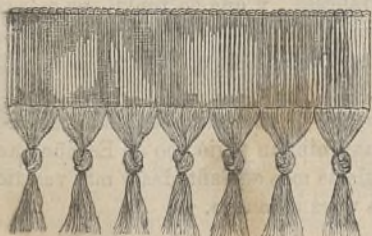
— Traje de reunion ó teatro. — Falda y pequeña coraza de faya ó terciopelo color de hoja seca; delantal, mangas y adorno de la falda, encima de los volantes, compuesto de entredoses negros de guipure y cintas de terciopelo punzó. Peinado de trenzas, de las cuales una forma diadema, y la otra va rodeada sobre la nuca. Lazo punzó en el cabello.

FIG. 2.º — Traje para comida ó recepcion dentro de casa. — Puede hacerse de terciopelo para el primer objeto. Nuestro modelo, destinado al segundo, es sencillamente de madrás á grandes cuadros, sobre los cuales unas tiras lisas forman otros grandes cuadros. El adorno, compuesto de un rico fleco y lazos de cinta con caidas, figura una

polonesa abierta. En realidad este vestido es de forma principesca, y los paños de atras, que dibujan cola, están recogidos en pouf chato muy bajo y muy estrecho. Mangas ajustadas. Toca de madrás igual al vestido con caidas atras y lazo alsaciano por delante. Este traje es de suma novedad y de un gusto inmejorable. Tambien puede copiarse en tartan.



32. Fleco de trencillas deshiladas.



31. Fleco deshilado.

30. Dibujo para la pantalla almohadon.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edicion, recibirán con este número el FIGURIN LUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.